



un lugar, la ciudad de Granada, la última ciudad española tomada a los árabes; y una persona, Juan de Dios, un portugués de vida novelesca que encuentra en la ciudad andaluza el escenario perfecto para escenificar una nueva forma de expresar la solidaridad hacia los sectores sociales más frágiles.

Siendo uno de los personajes más relevantes de su tiempo, de Juan de Dios se han estudiado múltiples dimensiones, entre ellas su religiosidad y su itinerario espiritual (Sánchez Martínez, 2014), su compromiso con los sectores más desfavorecidos de su tiempo, su condición de fundador hospitalario, su presencia en la iconografía, y, cómo no, su influencia en la enfermería (Eseverri, 2001).

En las múltiples biografías que se han escrito sobre el personaje, casi desde el momento de su muerte, se ha enfatizado su condición de siervo de Dios, debido a la influencia que este reconocimiento podía tener en el fortalecimiento y expansión de la Orden Hospitalaria que lleva su nombre (De la Torre Rodríguez, 2003). Pero la ostentación de lo maravilloso, más propio de las hagiografías barrocas, ha ensombrecido las evidencias históricas de una obiedad, que Juan de Dios fue ante todo un enfermero, una dimensión que en cambio ha sido menos explorada.

Las omisiones en la historia a menudo son fuente de distorsiones. Si, como empieza a ser una constante en nuestros días, una estudiante de Enfermería pregunta a alguna herramienta de inteligencia artificial generativa quién era Juan de Dios, seguramente obtendrá información certera sobre los principales hitos de su vida, enfatizando su intensa trayectoria caritativa, pero no dirá nada sobre los procedimientos utilizados para el cuidado de los enfermos. Y si se le pregunta directamente por ellos, suplirá la inexistencia de información disponible con “alucinaciones” que remiten a lo que podrían realizar las enfermeras en nuestros días. Son las lagunas de conocimiento como esta las que nos inducen a plantearnos nuevos interrogantes, en este caso, sobre cómo cuidaba el enfermero Juan de Dios, e incluso si puede hablarse de un pensamiento juandediano como sustrato del modelo de la hospitalidad.

## **La virtud de la hospitalidad**

En tiempos de Juan de Dios el concepto de hospitalidad era socialmente reconocible. Aparece en su acepción institucional, porque así se había nombrado el cuarto voto que afectaba a las congregaciones destinadas al cuidado de los enfermos pobres (Navarro Perán y col., 2012). Pero la hospitalidad era un término utilizado también en el lenguaje cotidiano, pues lo vemos asociado al trabajo que realizaban quienes ejercían como en-

fermeros en los hospitales, haciéndolo de una manera altruista. De esta forma, la hospitalidad era a la vez voto y virtud, y así aparece testimoniado en las fuentes de la época.

El propio Francisco de Castro, primer biógrafo de Juan de Dios, introduce la idea de la hospitalidad como desempeño de aquellos seguidores que emularon su hacer: *“Fue tan grande el ejemplo de vida que dejó Juan de Dios y lo mucho que agradó a todos, que muchos se animaron a imitarle y seguir sus pisadas... ejercitándose en el oficio de la hospitalidad”* (Castro, 1585: 87v-88).

En la siguiente centuria, el biógrafo Antonio de Govea utiliza el término para designar a Juan de Dios *“fundador de la orden de la hospitalidad de los pobres enfermos”* (Govea, 1624, en la portada), otorgándole así el carácter de marca de organización. Entre la élite de la época era la forma de designar un ejercicio que seguramente resultaba disruptivo en una sociedad opulenta. Un sacerdote comisario del Santo Oficio afirmaba *“que oyó al doctor Valencia, médico, y al doctor Hoces, médico, y al doctor Ximénez, médico, vecinos de Granada, tratar un día del principio de la hospitalidad del bendito J. de D.”* (Gómez-Moreno, 1950: 216).

Popularmente, hablar de hospitalidad era referirse a un tipo de entrega altruista al cuidado de los sectores más desfavorecidos. Así lo expresaba en 1696 el anónimo autor de la oración fúnebre en las exequias de la beata Beatriz de la Concepción, cofundadora del Hospital del Pozo Santo en Sevilla, al referirse al momento en que tomó la decisión de dedicarse al cuidado de los enfermos: *“Mudó de traje, vistió descubierto el hábito de Tercera del Seráfico Padre, y se profesó dedicada del todo a la Hospitalidad”* (sin autor, 1926: 37).

De igual modo que la hospitalidad como voto se materializaba en la adscripción a confraternidades puestas bajo el control de la Iglesia, en su acepción como virtud, la hospitalidad tenía que expresarse a través de acciones concretas y evidenciables. Hasta tanto no se imprimieron los primeros manuales de formación de enfermeros novicios hospitalarios, ya en el siglo XVII (Amezcuca, 2017), los saberes y procedimientos utilizados por los enfermeros y enfermeras hospitalarias se transmitían por vía oral, llegando a popularizarse entre las gentes inclinadas a la labor caritativa. Un ejemplo de transferencia de los usos terapéuticos de Juan de Dios y de su popularidad y pervivencia un siglo después de su muerte nos lo ofrece Marta de Jesús, una beata fundadora hospitalaria que evocaba en su modo de curar heridos los procedimientos que según fama utilizaba Juan de Dios (sin autor, 1926: 37), según veremos más adelante.

## Trabajando con las fuentes

Para explorar la noción de cuidado en la mentalidad de Juan de Dios es preciso recurrir a las fuentes primarias más directas, que tradicionalmente se vienen utilizando para profundizar en su vida y obra, y que son fundamentalmente cuatro:

1. Las cartas de Juan de Dios, seis misivas dirigidas a sus amigos y colaboradores que fueron escritas en los años anteriores a su muerte, probablemente entre 1548-1550. Aunque han sido publicadas en diversos medios, destaca la edición preparada por el profesor José Ignacio Fernández de Viana y Vieites y cols. (2006). Será la principal fuente utilizada en este trabajo.
2. Los pleitos entre los Hermanos de Juan de Dios y la orden de los Jerónimos sobre el hospital de Granada, que tuvieron lugar en 1573 y 1593 por cuestiones jurisdiccionales y económicas respectivamente. El primero fue ampliamente utilizado e incluido como anexo en el estudio del itinerario espiritual de San Juan de Dios de José Sánchez Martínez (2014).
3. La biografía de Juan de Dios del maestro Francisco de Castro, publicada en 1585, que recoge testimonios directos proporcionados por el biografiado.
4. El proceso de beatificación de Juan de Dios (1625), en el que se contienen numerosas testificaciones de personas que le conocieron en vida o supieron de su existencia por otras cercanas. Sus contenidos fueron publicados por José Luis Martínez Gil (2006).

En este trabajo se ha recurrido a las cuatro fuentes, pero se ha prestado especial atención a la primera, las cartas de Juan de Dios, dado que nos permiten explorar su pensamiento a través de sus propias palabras. Las seis cartas conservadas, de las que se ha aceptado su autenticidad, están dirigidas a personas de su entorno más cercano: una dirigida al joven Luis Bautista, un potencial colaborador en la que muestra su preocupación por su bienestar y orientación espiritual; dos misivas las dirige al caballero Gutierre Lasso de la Vega, en las que aborda principalmente asuntos financieros relativos a su obra hospitalaria; y tres más dirigidas a la Duquesa de Sesa, en tono muy familiar, en las que comparte las dificultades que tiene para dar continuidad a su labor de socorro a los pobres y necesitados, tanto financieras como relativas a su propia salud, a la vez que solicita apoyo económico, no faltando densos pasajes en los que realiza exhortaciones espirituales a su benefactora.



Para desarrollar el objetivo de este estudio fue necesario focalizar la atención en las categorías que se asocian a la noción de Juan de Dios sobre el cuidado. Para ello, fue preciso realizar una selección de palabras por eliminación, de manera que fueron retiradas:

(a) las menciones a aspectos de la religiosidad de Juan de Dios; (b) los nombres de personas y lugares; (c) sustantivos, adjetivos y verbos utilizados para componer el texto escrito, pero que no generan unidades de significado. A continuación, se procedió a refundir palabras que solo cambian en su género, número o tiempo verbal y, posteriormente se reagruparon términos sinónimos o que expresan ideas afines. Finalmente resultaron un total de 416 palabras consideradas claves para centrar el análisis sintáctico.

### Necesidad, cuerpo y alma

En las 20 palabras laicas más utilizadas por Juan de Dios en sus cartas, ya podemos apreciar algunas de las principales categorías en las que estructurar su discurso como cuidador: (a) la acción cuidadora (necesidad, socorrer, hacer); (b) las virtudes que se le asocian (caridad, amor, trabajo, humildad, dar, gracia); (c) el sujeto-objeto asistible (vida, muerte, pobres, cuerpo, alma); e incluso (d) los instrumentos de que se sirve para hacer efectiva la acción cuidadora (casa, limosna, obras, palabra, escribir) (ver Tabla 1).

**Tabla 1.** Las 20 palabras asociadas al cuidado más utilizadas en las cartas de Juan de Dios (n= 416)

| Término                              | n  | %    |
|--------------------------------------|----|------|
| Socorrer (con ayudar/servir/asistir) | 54 | 12,9 |
| Limosna                              | 40 | 9,6  |
| Amor                                 | 38 | 9,1  |
| Pobres                               | 35 | 8,4  |
| Necesidad                            | 26 | 6,3  |
| Casa                                 | 25 | 6    |
| Alma (con espíritu)                  | 23 | 5,6  |
| Trabajo                              | 23 | 5,6  |
| Virtudes                             | 23 | 5,6  |
| Escribir                             | 20 | 4,8  |

|          |    |     |
|----------|----|-----|
| Caridad  | 18 | 4,3 |
| Humildad | 18 | 4,3 |
| Vida     | 17 | 4   |
| Muerte   | 16 | 3,8 |
| Cuerpo   | 15 | 3,6 |
| Obras    | 15 | 3,6 |
| Dar      | 14 | 3,4 |
| Gracia   | 13 | 3,1 |
| Hacer    | 13 | 3,1 |
| Palabra  | 13 | 3,1 |

En sus propias cartas, encontramos secuencias discursivas con las que Juan de Dios construye su idea del cuidado a partir de estos conceptos esenciales. En su segunda carta a Gutierre Lasso de la Vega, se lamenta de las dificultades económicas que dificultan su labor: *“viendo padecer tantos pobres, mis hermanos y prójimos, y con tantas necesidades, tanto al cuerpo como al alma, como no los puedo socorrer estoy muy triste”* (Fernández de Viana y Vieites y cols.; 2006:52).

La noción de *necesidad* se sitúa como eje de la idea de cuidado de Juan de Dios. Necesidades del cuerpo y del alma, cuya satisfacción es preciso alcanzar para que la persona supere su condición de fragilidad. Cuerpo y alma no se muestran en lo que más adelante sería la dualidad cartesiana, sino como un todo indivisible y equilibrado que ha de garantizar la dignidad del ser humano. La *“salud del cuerpo y del alma”* representa para Juan de Dios el equilibrio que ha de alcanzar la persona en una vida sosegada y satisfecha, y así lo expresará de manera recurrente como fórmula de cortesía para reconocer a las personas que aprecia: el cuerpo ha de guardarse del peligro y el alma del pecado.

Para Juan de Dios, el cuerpo es un instrumento que es preciso cuidar para que pueda prestar el servicio al que está destinado. Así se lo expresa a la Duquesa de Sesá: *“En mantenimiento para nuestro cuerpo, porque así como un arriero cura y mantiene un animal para servirse de él, así conviene que le demos a nuestro cuerpo lo que le hace menester para que con él tengamos fuerzas para servir a Jesucristo”* (Fernández de Viana y Vieites y cols.; 2006:122).

Pero también se da una mirada desde lo simbólico: el cuerpo, como carne, representa el enemigo que, junto al mundo y el diablo, es preciso contener para no sucumbir al pecado: *“El otro enemigo, que es el mayor, que como ladrón de casa y doméstico, debajo de buenas palabras y buen parecer, procura siempre traernos en perdición. Y esta es la carne y cuerpo nuestro, que no quiere sino buen comer y buen beber y buen vestir y dormir, y poco trabajo, lujuriar y vanagloria”* (Fernández de Viana y Vieites y cols.; 2006:93). Y para hacerlo, el buen cristiano ha de recurrir a la virtud de la templanza, que tiene la propiedad de moderar las pasiones incontroladas del instinto: *“La Templanza nos enseña que templadamente y con regla tomemos el comer y el beber y el vestir y todas las demás cosas que son menester para servicio de los cuerpos humanos”* (Fernández de Viana y Vieites y cols.; 2006:120).

El cuerpo, no ya como pasión sino como instrumento para el cuidado, puede verse debilitado como consecuencia de la carestía y la enfermedad, siendo así que expresará sus necesidades. Y al hacerlo, estas son las categorías que aparecen en el discurso juandediano:

*Enfermedad:* salud, fragilidad, suciedad, piojos, dolor de muelas.

*Cuidado:* acogida, socorro.

*Descanso:* reposo.

*Alimentación:* hambre, regalo, sal, bebida, agua, pan, carne, gallinas.

*Calor:* abrigo, mantas, sábanas, leña.

*Vestido:* camisas, faldellines, capote, zapatos.

*Aseo:* limpieza.

*Remedios:* medicinas, purgas, sanar.

*Muerte.*

La asistencia a las necesidades del cuerpo constituye uno de los imperativos del buen cristiano a través del ejercicio de las obras de misericordia corporales, a las que de manera explícita se refiere Juan de Dios en sus cartas (Fernández de Viana y Veites y cols. 2006: 71).

Si el cuerpo es instrumento, el alma es vehículo que lleva a la persona al lugar ineludible de la condena o de la salvación. Juan de Dios se plantea con contundencia el problema de la redención del alma, porque *“más vale un alma que todos los tesoros del mundo”*, dice a la Duquesa de Sesá cuando le pide tres ducados para comprar a unas doncellas unas mantas y faldellines y evitar así que los obtengan a través del pecado. Porque el alma, unida inexorablemente a ese cuerpo fuente de perversión, es preciso tenerla siempre en condiciones y dispuesta a ser llamada, *“pues no sabemos la hora que llamarán a la puerta de nuestra alma, y cual nos hallaren tal nos juzgarán”* (Fernández de Viana y Vieites y cols.; 2006:68).

Para Juan de Dios, el remedio del alma está en la caridad, porque *“así como el alma mata el fuego, así la caridad al pecado”* (Fernández de Viana y Vieites y cols.; 2006:73), y por tanto plantea la necesidad de *“el cuidado que habíamos de tener en nuestra alma en limpiarla y vestirla de buenas obras”* (Fernández de Viana y Vieites y cols.; 2006:92). La limpieza del alma por la doble vía, la del compromiso con el prójimo y la renuncia de uno mismo, será una constante en la vida de Juan de Dios y por tanto formará parte del discurso pedagógico que utiliza en sus misivas: *“...así conviene que el alma, que es joya tan preciada, sea apartada de los deleites y carnalidades de la tierra, y quede sola con Jesucristo y después purgada en el fuego de la caridad con trabajos, ayunos y disciplinas y áspera penitencia...”* (Fernández de Viana y Vieites y cols.; 2006:119).

Pero también el alma atormentada se erige en objeto asistible en Juan de Dios, cuyas necesidades esperan su confortación espiritual para alcanzar el sosiego y la esperanza. Así lo expresan en las palabras que relaciona con el sufrimiento del alma y su remedio:

*Padecimiento:* sufrimiento, congoja.

*Acompañamiento:* consuelo, amor.

*Consejo:* orientación, enseñanza, reflexión

*Dignidad:* agrado, alegría.

*Favor.*

*Oración.*

En este caso son las obras de misericordia espirituales las que se asoman a la conciencia juandediana para poner remedio a la desdicha humana.

## **Virtudes de la hospitalidad**

Juan de Dios alude muy a menudo en sus cartas a los sectores sociales más afligidos, que merecen su atención y socorro. Entre estos sujetos asistibles incluye a quienes están en situación de pobreza (pobres, desnudos, peregrinos, viandantes), de aflicción (enfermos, llagados, tullidos, mancos, mudos, leprosos, locos, tiñosos, maltratados, paralíticos, muertos) y de marginación (niños, mancebos, huérfanos, expósitos, viejos, esclavos, doncellas, dueñas, viudas, mujeres perdidas, pecadores). De esta forma, pobres, afligidos y marginados componen el *círculo de la fragilidad* que dará sentido al modelo de la hospitalidad tal como será entendida en el hospital de Juan de Dios y que marcará el carisma de la futura orden hospitalaria.

Para Juan de Dios, remediar las necesidades de los sectores sociales más frágiles no solo implica acciones cuidadoras y de confortación espiritual. El enfermero tendrá que procurar el bienestar de las personas que acuden al hospital bajo profundas convicciones, lo que conlleva ejercer en ellas de forma tácita el derecho a la igualdad de oportunidades con independencia de su condición social. Solo así se logrará recuperar la dignidad de la persona.

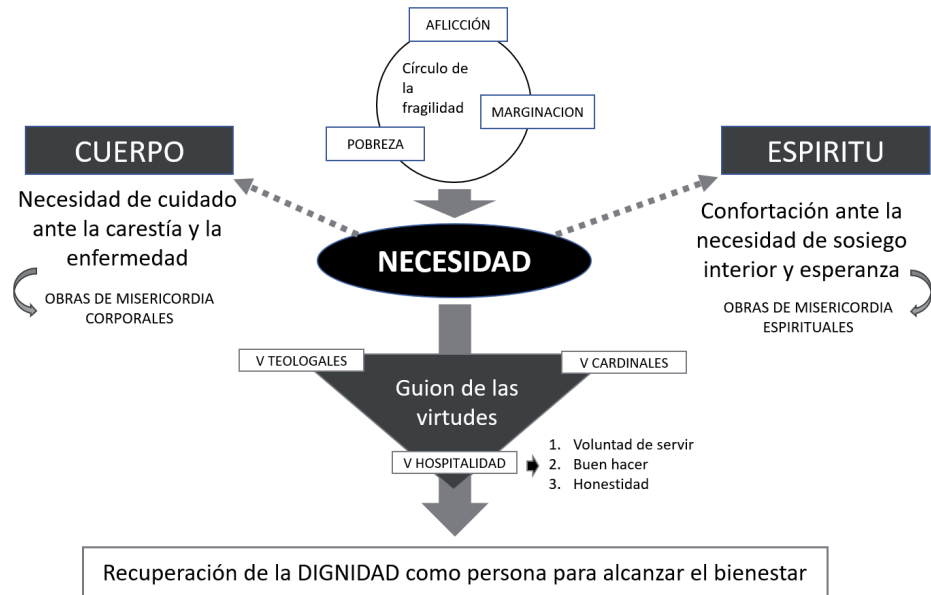


Fig. 2 - Esquema del modelo de la hospitalidad según la mirada de Juan de Dios

En su discurso, Juan de Dios propone un modelo compensatorio sustentado en un guion de virtudes que implica el ejercicio del cuidado o servicio de los enfermos (ver Figura 2). Lo expresa con claridad en una de sus cartas a la Duquesa de Sesá, cuando le anuncia el encargo que ha hecho de que le entreguen sus “armas”: “...que son tres letras de hilo de oro, las cuales están en raso colorado... Tres son las letras, porque tres son las virtudes que nos encaminan al cielo: la primera es la fe...; la segunda es caridad...; la tercera es la esperanza... Las letras son de oro, porque así como el oro es tan preciado metal para resplandecer, y tener la color que ha de tener para ser preciado... Cuatro esquinas

tiene este que son las otras cuatro virtudes que acompañan a las tres que hemos dicho primero, y son estas: la Prudencia y Justicia y Templanza y Fortaleza” (Fernández de Viana y Vieites y cols.; 2006:119-20).

La heráldica juanediana incorpora de manera simbólica las virtudes teologales y las virtudes cardinales como los blasones que han de guiar el comportamiento del que se tiene por buen samaritano. Las primeras, con la caridad en su vértice, van a estar presentes en la iconografía hospitalaria de la contrarreforma y muy particularmente en la que identifica a los hospitales de la orden hospitalaria de San Juan de Dios (ver Figura 3). Las segundas ya fueron representadas en manuales de enfermería de la época tardomedieval, tal como aparece en una de las miniaturas de “Le Livre de Vie Active de l’Hotel Dieu” (París, 1482), donde las enfermeras agustinas exhortan a sus discípulas a adoptar las cuatro virtudes del humanismo clásico (Amezcuca, 2024).



Fig. 3 - “La charidad mira compasiva las enfermedades ajenas como propias”, escena hospitalaria en una pintura mexicana.

Pero es en el resto de cualidades que Juan de Dios asocia a una vida entregada a favorecer el bien al prójimo donde encontramos el mapa de virtudes que comprenden el ejercicio de la hospitalidad (figura 4), y que, continuando con el análisis sintáctico, pueden sintetizarse en tres atributos:

a) *Voluntad de servir*, entendida como la inclinación a socorrer a los menos favorecidos: compromiso, servicio, diligencia, voluntad, alegría, esfuerzo.

b) *Buen hacer*, entendido como la aptitud para prestar una ayuda efectiva: compartir, competencia, misericordia (como relación de ayuda), obra (como acción), generosidad, continuidad, presencia, previsión, agrado, agradecimiento, bien hacer, observación, provisión, sabiduría, seguridad, paciencia, confianza, pensamiento.

c) *Honestidad*, entendida como la actitud esperable en la persona que ayuda de manera desinteresada: humildad, ética, silencio, hermandad, certidumbre, ejemplo.



Fig. 4 - Guion de las virtudes de la hospitalidad en las “armas” de Juan de Dios, según su propio diseño.

## Los recursos terapéuticos de Juan de Dios

Un testigo en el proceso de beatificación de Juan de Dios, afirma que: *“socorría muchas necesidades particulares y daba muchas limosnas, además del sustento y cuidado de curar los pobres que tenía en su hospital”*. Socorro, necesidad, limosna, sustento, cuidado, curar, pobres, hospital. Ocho conceptos claves para comprender el enfoque del cuidado de Juan de Dios. Lo que nos lleva a preguntarnos cuáles fueron objetivamente los recursos terapéuticos de los que se sirvió. Sin duda se trata de uno de los aspectos menos conocidos de su biografía, que durante siglos ha estado marcada por la imagen heroica con tintes sobrenaturales que se ha construido en torno al personaje. Solo la vuelta a las fuentes primarias, en una relectura que supere los ambientes milagrosos que tanto enfatizan sus biógrafos y testigos de su condición de siervo de Dios, nos permitirán entresacar procedimientos que utilizaba en su condición de enfermero, y que están marcados por esa doble preocupación del cuidado del cuerpo y del alma.

*Cuerpo, objeto cotidiano, palabra y hospital*, constituyen la tétrada terapéutica juandiana que da sentido a un comportamiento complejo como sanador, cuyos aprendizajes han de situarse principalmente en la experiencia acumulada a lo largo de su azarosa vida, en los diversos oficios que llegó a desempeñar (pastor, soldado, albañil...) y en los avatares que hubo de enfrentar ante heridas de guerra, accidentes, mortificaciones, disciplinas, agresiones y en su hospitalización como paciente mental.

a) *Su cuerpo*. A pesar de lo que llevamos analizado a propósito de sus cartas, el lenguaje de Juan de Dios es principalmente un lenguaje no verbal. Se expresa a través de sus gestos, en muchas ocasiones superlativos, que tienen la facultad de producir un efecto pedagógico en quienes los contemplan (Amezcuza, 2004). Sus biógrafos insisten más en sus acciones que en sus palabras, en lo que hacía que en lo que decía, y son sus gestos precisamente los que componen una rica iconografía en todas las épocas.

El gesto más icónico es tal vez cuando carga en sus brazos y sobre sus hombros el cuerpo de una persona enferma. Desde Murillo hasta Gómez-Moreno, pasando por Zurbarán, Pedro de Mena, Filippo della Valle, Miguel Verdiguier (Varios autores, 1995), e incluyendo a los contemporáneos Miguel Moreno y Ruiz Rodríguez, entre muchos otros, han recreado iconográficamente al padre de los enfermos. Como también lo refirieron sus primeros cronistas y testigos de su beatificación, como Lucía de Ribera, que aporta una descripción muy precisa del modo de Juan de Dios de transportar enfermos: *“vio así mismo cuando el bendito siervo de Dios encontraba algún pobre se lo llevaba a cuestras y esta testigo le vio llevar dos o tres a cuestras a su hospital y sabe que llevando uno a hombros los pies del pobre a un lado y la cabeza al otro lado y con las*

*manos cogía de los pies y de la cabeza y todo el cuerpo cargado sobre los hombros”* (Martínez Gil, 2006: 277).

Es el recurso del cuerpo a cuerpo. Juan de Dios no tiene problema en poner al límite al suyo propio, debilitado por los trabajos y las carestías, para trasladar enfermos a su hospital, incluso portando hasta dos enfermos a la vez, y otras veces ayudándose de su capacha, convertida en improvisado recurso para el transporte de personas, pobres abandonados en las calles y niños expuestos en las puertas de las iglesias (Amezcuá, 2019b). Era la reafirmación del cuerpo como instrumento, en este caso, para prestar ayuda. Así lo hace cuando saca a cuestras a los enfermos en el incendio del Hospital Real, o cuando intenta salvar a un mozalbete que la crecida del río arrastró. Al borde de su vida, su herramienta estaba muy deteriorada, según crónica de su tiempo: *“Eran tantos los trabajos, en que loan de Dios se ocupaba por dar remedio a los de todos: así de caminos y salidas que hacía, en que padecía muchas frialdades, como del trabajo ordinario de la ciudad, que le desvenjó, y desta enfermedad (como él le hacía poco regalo) padecía gravísimos dolores, y disimulada cuanto el podía, por no dallo a entender y dar pena a sus pobres en verlo malo. Mas estaba tan flaco y debilitado, y sin fuerças, que no lo podía ya disimular”* (Castro, 1585: 70-70v).

Tras pasar una temporada en el monasterio de Guadalupe, donde Juan de Dios asistió en su famoso hospital, pasó por Oropesa antes de regresar a Granada. Su intención era visitar a la familia que le diera acogida en su niñez, pero allí quedó un tiempo asistiendo al hospital de pobres de la villa (Amezcuá, 2022). Varios vecinos de la misma dan cuenta de un suceso singular, en el que el enfermero Juan de Dios atiende a una mujer aquejada de unas llagas putrefactas en una pierna. Tras confortarla, cuentan cómo limpiaba las heridas con su lengua y succionaba el pus con su boca hasta que logró su total restablecimiento. Así lo narra el vecino Francisco González, de 99 años, según lo vio con sus propios ojos: *“...estando enferma una hermana de Juan de la Torre, espadero de esta villa que no se acuerda su nombre más de que vivía en la calleja que iba al matadero en una casilla pequeña frontero en las casas en que al presente viven las hijas de Juan Martínez, boticario, la cual dicha mujer padecía muchos y grandes tormentos de las llagas que en una pierna tenía y el bendito Juan de Dios movido del celo de cristiandad y caridad vio este testigo la iba a consolar y para sus dolores y trabajos vio este testigo que el dicho Juan de Dios la lamía las llagas con que descansaba y la dicha mujer daba gracias por ello del cual beneficio vio este testigo sanó la dicha mujer sin ponerse medicamentos y el dicho beato Juan de Dios echaba de la boca la pobre hediondez que la sacaba”* (Martínez Gil, 2006: 962).

De nuevo su propio cuerpo se convierte en instrumento terapéutico para sanar a personas afligidas por la enfermedad. Otros biógrafos posteriores a Castro narran también escenas terapéuticas de Juan de Dios, si bien el procedimiento objetivable adquiere tintes milagrosos. Como el que narra Dionisio Celi (1621) cuando, ante un sujeto que *“empezó a temblarse, y perdiendo el color y la habla conjuntamente, cayó en el suelo”*, Juan de Dios se acercó a realizarle la señal de la cruz sobre el corazón y logró su restablecimiento. Desde la mentalidad enfermera, lo primero que nos viene a la cabeza es que practicase un masaje cardiaco, pero esto es algo que hoy no podemos corroborar.

b) *Su arsenal terapéutico*. Juan de Dios se movió siempre en un mundo condicionado por la escasez de medios y es esta precariedad la que hace que sus recursos para el cuidado se reduzcan a los objetos de su universo cotidiano. Las fuentes no se recrean precisamente en la condición de sanador de Juan de Dios, sino más bien en su labor como bienhechor y como gestor hospitalario, razón por la que son escasas las referencias a los procedimientos y recursos concretos que utilizaba, entre los que aparecen productos como el aceite de candil, manojos de romero, harina o la ceniza.

Las pocas noticias que se refieren expresamente a los remedios terapéuticos de Juan de Dios los obtenemos de testimonios alejados de su vida, como es el caso del que ofrece en 1669 el sacerdote Juan González del Moral cuando testimonia la vida virtuosa de la madre Marta de Jesús, en tiempos que fundara el hospital de la Misericordia de Cabra del Santo Cristo (Jaén): *“Llegando a su casa un hombre herido de una piedra, con una herida muy grande, a pedirle si tenía una cosa que ponerle, dijo: sí, hermano, que el Santo San Juan de Dios decía, que la tierra con tierra se sana, y escupiéndose sus manos, y cogiendo tierra y pidiendo un poquito de aceite, se lo puso en la herida con unos trapos, lo mezcló y le dijo: hermano, camine, no le dé pena, a los tres días, volvió a darle las gracias”* (sin autor, 1926: 37).

En consonancia con este uso terapéutico de los objetos cotidianos que hacía Juan de Dios, los que se asocian con su vida pasarán a utilizarse a modo de reliquias también con fines curativos. Incluso cuando estaba agonizando en la casa de los Pisa, hubo quien se untó con el aceite de la lámpara de su capilla para obtener la sanación de una enfermedad (Martínez Gil, 2006:1222). La cayada con la que se sirvió en vida, se pasaba de unas personas a otras porque se le reconocía el poder de sanar a quienes por enfermedad estaban cercanas a la muerte, o para ayudar a las mujeres de parto (Martínez Gil, 2006: 940). También la tierra de la casa arruinada de su nacimiento en Montemor-o-novo era fuente remedios para quienes se acercaban a visitarla: *“venían los enfermos y se untaban con el aceite de una lamparilla que aquel día se había puesto en aquel sitio y otros besaban la tierra de aquel suelo y se la tragaban. Y vino a ser de tal manera que con*

*echarla en un vaso de agua, dándose a beber a los enfermos, sanaban de calenturas y tercianas y otras muchas enfermedades, de suerte que de todas partes venían a buscar la tierra donde había nacido el venerable y bendito padre Juan de Dios”* (testimonio de Juan Gómez de Vasconcelos; Martínez Gil, 2006: 1084).

Otros productos utilizados por Juan de Dios con fines terapéuticos son el agua y los alimentos, así como la leña y el carbón, los vestidos y la ropa de abrigo, que claramente están orientados a satisfacer las necesidades más básicas de las personas que acudían a su hospital, en su mayor parte en situación de suma fragilidad. Pero también aparecen testimonios de utilización de sus servicios sectores no tan desfavorecidos, como eran los artesanos, lo que pone de manifiesto que los procedimientos utilizados por Juan de Dios gozaban de una cierta credibilidad. Así fue cómo el gremio de los plateros de Granada, que adoptó la costumbre de salir a disciplinarse en la Semana Santa, acudían a su término al hospital de la calle Gomerres a ser curadas sus heridas por Juan de Dios, a la vez que en agradecimiento le donaban la recaudación de limosna de esa festividad (Gómez-Moreno, 1950:267).

c) *Su palabra*. Si algo destaca en las cartas de Juan de Dios es su locuacidad a la hora de solicitar recursos a las personas que le favorecían, estableciendo interminables discursos con un marchamo espiritual capaz de mover las conciencias ajenas. Apelar a la buena conciencia fue la estrategia que utilizaba para establecer el equilibrio entre el provisor y el receptor de cuidados. “Hermanos, haceos el bien a vosotros mismos”, era su grito de guerra.

La palabra locuaz y el gesto alegre era la combinación perfecta para lograr el compromiso con el cuidado de sí y con el cuidado del otro, utilizándola para transmitir amor al prójimo, para procurar consuelo y consejo, como medio para la reflexión, para la oración, y como complemento ideal al acompañamiento. Juan de Dios recurrió a la palabra para intentar remediar conductas que consideraba poco edificantes o al buscar entre familias honradas el casamiento a doncellas pobres o la crianza de infantes abandonados. Pero la palabra juandediana fue también su instrumento de cuidado, especialmente cuando se trataba de confortar espiritualmente a las personas atormentadas por las aflicciones y las desgracias, como fue el caso de evitar que alguna persona se ahorcase.

Uno de los rasgos que le atribuyen quienes conocieron a Juan de Dios era la alegría en el trato y el afecto desmedido que procuraba a quienes asistía, y que incluso manifestaba en las ocasiones más penosas. Así lo hacía de manera cotidiana, con cara risueña y alegre, en la visita que realizaba a los enfermos hospitalizados cada noche antes de la hora de dormir: “y le veía andar entre los enfermos curándolos, poniéndoles la ropa,

*meneándolos, moviéndolos en la cama, abrazándose con ellos con una boca de risa y con tanto amor y caridad era cosa que espantaba que no parecía sino que tiene a todos los enfermos los quería meter en las entrañas y mucha gente iba solamente a ver cómo el dicho beato Juan de Dios curaba los dichos pobres y las dichas personas del hospital decían que cuando venía de noche de pedir aunque viniese muy cansado y fatigado no se había de recoger sin acudir a visitar los enfermos y a ver lo que habían menester y a consolarlos” (Martínez Gil, 2006: 683).*

Otra de sus inclinaciones era la de enseñar a los más jóvenes, con quienes se esforzaba para que aprendiesen a persignarse y los rudimentos de la doctrina cristiana, y lo hacía con elocuencia, ayudándose de objetos como una cruz y una calavera: *“un día entre otros, se acuerda en particular, como si fuera ahora siguiendo el bendito padre por las calles de la dicha ciudad cantando la doctrina cristiana, yendo este testigo con otros muchachos que le acompañaban, venía por la calle por donde iban un hombre muy galán y viéndolo, el dicho padre le dijo a este testigo y a los demás muchachos que se apartasen y le dejasen pasar y al cabo de esto un poco más adelante le dijo: veis muchachos aquel hombre que galán va, pues mira en que ha de venir a parar, enseñándoles una calavera de muerto que consigo llevaba y demás de ella llevaba una cruz” (Martínez Gil, 2006: 836).*

d) *Su hospital.* Posiblemente fue su vivencia en las penosas condiciones que tuvo que afrontar durante su ingreso en el Hospital Real de Granada lo que orientó a Juan de Dios a erigir su propio hospital, o al menos así lo expresa su primer biógrafo: *“Y viendo castigar los enfermos, que estaban locos con él, decía. Jesu Christo me traiga a tiempo, y me de gracia para que yo tenga un hospital, donde pueda recoger los pobres desamparados, y faltos de juicio, y servirles como yo deseo... dióle gran voluntad de salir luego del hospital, y poner por obra sus buenos deseos, que era de servir a nuestro Señor, y a los pobres y buscarles de comer, y recoger los desamparados y peregrinos: porque en aquel tiempo (como tierra poco había ganada) aun no había hospital donde se recogiesen en la ciudad” (Castro, 1525: 26v y 28).*

A partir de entonces, el hospital se convertirá en el objeto material que hará posible el ideal de cuidado de Juan de Dios, sustentado en la idea de servicio a los sectores más paupérrimos de la sociedad, que él mismo describirá cuando ya había ocupado el hospital de la cuesta de Gomeres: *“Porque así como esta casa es general, así reciben en ella generalmente de enfermedades y suerte de gentes, así que aquí hay tullidos, mancos, leprosos, mudos, locos, paralíticos, tiñosos y otros muy viejos y muchos niños; y sin éstos, otros muchos peregrinos y viandantes que aquí se llegan y les dan fuego y agua y sal y vasijas para guisar de comer” (Fernández de Viana y Vieites y cols.; 2006:50-1).*

La prioridad de Juan de Dios es proporcionar confort y seguridad a los que se atienden en su hospital y en las casas que tenía dispersas por la ciudad para acoger a mujeres vergonzantes, *“a quien socorría con limosnas de las que les daban porque fueran buenas y virtuosas y no pecasen”* (Sánchez Martínez, 2014: 386). Pero el hospital era solo el epicentro de su modelo, porque en realidad este tenía un carácter portable, en tanto lo llevaba con él en todas sus andanzas, bien por la ciudad o sus alrededores y hasta en los frecuentes viajes que realizaba a otros territorios. Sus procedimientos para prestar ayuda se pueden vertebrar en función de las necesidades que pretende satisfacer.

1. *Higiene*: por testimonio de un anciano centenario llamado Antón Rodríguez, que conoció a Juan de Dios, sabemos que cuando llevaba un enfermo a su hospital, lo primero que le hacía era confesarse y luego le lavaba los pies y se los besaba (Gómez-Moreno, 1950: 49). Las medidas higiénicas podían ser más drásticas en función del estado de abandono de la persona ingresada: *“vienen muchos desnudos y descalzos y llagados y llenos de piojos que a menester un hombre o dos que no hagan mas que escaldar piojos en una caldera hirviendo y este trabajo será de aquí adelante todo el invierno hasta el mes de mayo que vendrá”* (Fernández de Viana y Vieites y cols.; 2006:85-86).

La higiene era pues una de las medidas que se tenía con los enfermos y en general con la gente astrosa que encontraba por las calles, siendo frecuente verle limpiar los mocos a los niños. Pero también le preocupaba el cuidado de las instalaciones, que eran barridas y fregadas a diario, así como el vidriado y otros enseres domésticos, además de hacer las camas. Para lavar enseres más grandes recurría a las aguas del río o lavaderos, ayudándose de un jumento que alguien le dio de limosna.

2. *Confort*: una vez ingresados los enfermos, eran colocados sobre unas rudimentarias camas compuestas por esteras de anea, frezadas o mantas y haces de atocha que Juan de Dios traía de los espartales (Gómez-Moreno, 1950:201).

3. *Alimentación*: Juan de Dios obtiene los alimentos para sus enfermos principalmente a través de la limosna, para lo cual portaba su capacha y dos ollas grandes donde recogía todo lo que le daban. Pero también era este uno de los gastos más considerables y motivo de acumular no pocas deudas. Entre los productos que debía proveerse: agua, sal, pan, carne, tocino, gallinas, aceite, trigo, etc. El abastecimiento de agua era importante, tanto como alimento como para la higiene, y se proveía de ella trayéndola en cántaros desde los aljibes dispersos por la ciudad, si bien en el hospital de Gómeres, ya contó con suministro de agua corriente procedente del cerro vecino de la Alhambra.

4. *Vestido*: camisas, capotes, faldellines, zapatos, además de sábanas y mantas, constituyen parte principal del ajuar que Juan de Dios debía proveerse para garantizar el acomodo de los pacientes con una mínima dignidad. Aparecen testimonios en los que él mismo se despojaba de su ropa para intercambiarla con la de algún pobre al que socorría. Y tenía especial predilección por vestir dignamente a los niños, incluyendo los que abandonaban a las puertas del hospital, para lo cual se aprovisionaba de los ropavejeros del Zacatín, y muy especialmente de cierta ropera anciana y bien entrada en carnes en cuya tienda de la calle Tundidores vestía Juan de Dios a los niños hasta en grupos de veinte (Benavides Vázquez, 2009: 71). La vecina de Granada Francisca Venegas testifica el modo de hacer de Juan de Dios al vestir a los pobres que recogía en la calle: *“vio esta testigo como el bendito padre Juan de Dios venía a cuestras con un pobre enfermo que traía encima de los hombros y lo puso junto a la fuente de la plaza que era verano y llegó a la roperia y le trajo una ropilla calzones y gamuza y vuelto donde estaba le quitó un gargatillo que tenía suyos negros y viejos y le comenzó a lavar y le lavó el cuerpo y le puso camisa y los calzoncillos negros y un sayo y lo volvió a cuestras en hombros y dio con él en su hospital”* (Martínez Gil, 2006: 179).

5. *Climatización*: la provisión de leña será una de las actividades en las que Juan de Dios invertirá más tiempo, tanto para obtener el producto de su venta como para cubrir las necesidades del hospital, alimentar el fuego de la cocina y el calentamiento de la sala de los enfermos. En su primer hospital de la calle Lucena aprovechaba como combustible las hojas de palmito que le llevaban los niños y que se utilizaban en la cercana pescadería para embalar el pescado (Gómez-Moreno, 1950:213).

6. *Ocupación*: especialmente con las mujeres desfavorecidas, el proveerles de tareas como hilar lino, lana o seda, que obtenía de la casa de lineros y mercaderes, era una estrategia recurrente al objeto de apartarlas de la ocasión de salir a la calle a buscarse la vida (Gómez-Moreno, 1950:245). Pero la terapia ocupacional entraba también en su propio hospital, encomendando tareas a todos los acogidos que pudieran valerse para prestar algún tipo de servicio y así quitarles de la ocasión de estar ociosos, por considerar que podía ser fuente de pecado.

## Conclusiones

El modelo de enfermería hospitalario que se desarrolló en la España del Antiguo Régimen estaba profundamente influenciado por la hospitalidad como concepto social y religioso. Este modelo fue impulsado por figuras como Juan de Dios, cuya vida y obra reflejaron un compromiso con los más desfavorecidos y un enfoque en el cuidado compasivo y hu-

mano. Juan de Dios no solo fue relevante por su contribución al cuidado de los enfermos, sino también por su rol como inspirador de un modelo renovado de hospitalidad. Este modelo se caracterizó por una integración del cuidado físico y espiritual, cubriendo de manera integral las necesidades del ser humano, tanto del cuerpo como del alma.

La noción de cuidado de Juan de Dios se sustenta en el concepto de “necesidad”, que es preciso satisfacer para que la persona socialmente frágil pueda recuperar su dignidad como ser humano. El equilibrio vital y el bienestar se alcanza al socorrer las necesidades del cuerpo aquejado por la carestía y la enfermedad, y mediante la confortación espiritual ante la necesidad de sosiego y esperanza.

El esquema terapéutico de Juan de Dios se sostiene en cuatro elementos a su alcance: su cuerpo como instrumento de cuidado, los objetos cotidianos como arsenal terapéutico, la palabra para la confortación espiritual, y el hospital como objeto material con el que logra modelizar su ideal de cuidado. Juan de Dios es muy consciente del marco socio-histórico en el que vive y por ello utiliza esquemas de pensamiento tomados de los fundamentos del cristianismo, con lo que logra garantizar la eficacia cultural de sus gestos y su palabra.

A tenor de las fuentes primarias utilizadas, puede hablarse de la vida y el pensamiento juandediano como sustrato de la hospitalidad, puesto que socialmente le fue reconocida la condición de fundador de una nueva forma de prestación de cuidados a los sectores más vulnerables de su tiempo: pobres, afligidos y marginados.

Tras su muerte, la figura de Juan de Dios se magnifica como instrumento de la Contrarreforma tridentina, lo que procura sostenibilidad al modelo hospitalario inspirado en su obra durante varias centurias, hasta la época de las desamortizaciones de los bienes de la Iglesia en el siglo XIX, en que experimentará un periodo de decadencia sin llegar a desaparecer del todo. De hecho, el legado de Juan de Dios ha perdurado a lo largo del tiempo, adaptándose y transformándose según las necesidades y los contextos históricos. Esto evidencia la relevancia y la adaptabilidad de su enfoque en el cuidado hospitalario y la asistencia a los más necesitados.

Los principios de hospitalidad y cuidado integral que caracterizaron la obra de Juan de Dios son aún pertinentes en la práctica contemporánea de la enfermería y la gestión hospitalaria. Estos principios pueden inspirar un enfoque más humano y compasivo hacia el cuidado, que considera tanto las necesidades físicas como espirituales de los pacientes. Sería deseable que los programas de formación en enfermería y gestión hospitalaria integren estudios sobre la historia y evolución de las prácticas de cuidado para enriquecer la comprensión y la aplicación de estos principios en la práctica moderna. Además,

investigaciones futuras podrían explorar cómo los modelos de cuidado basados en la compasión y la hospitalidad pueden mejorar los resultados en salud y el bienestar de los pacientes en diversos contextos sanitarios.

## BIBLIOGRAFÍA

Amezcuca, Manuel (2004). “Misticismo y melancolía. Reforma de los cuidados de salud mental en la España Moderna”. *Rev Rol Enferm*; 27(12):40-48.

Amezcuca, Manuel (2017). “400 años de conocimiento enfermero: a propósito de la publicación de la Instrucción de Enfermeros de los Obregones”. *Index de Enfermería*; 26(1-2): 7-9. <http://www.index-f.com/index-enfermeria/v26n1-2/26122.php>.

Amezcuca, Manuel (2019a). “La época áurea de la enfermería: la actividad reformadora de las órdenes de la hospitalidad en la España Moderna”. En: Festas, Constança; Subtil, Carlos Louzada; Sá, Luís Octávio de; Costa, Rui Manuel Pinto. *Sob o signo da História Comparada: A Enfermagem na Europa do Sul*. Porto: Sociedade Portuguesa de História da Enfermagem; Págs. 124-34. <https://sphenf.com/?p=733>.

Amezcuca, Manuel (2019b). “La Hermandad de la Capacha o el poder evocador de los símbolos”. *Index de Enfermería*; 28(1-2):5-7.

Amezcuca, Manuel (2022). “La Oropesa que apacentó la personalidad de un renovador”. *Temperamentvm*; 18: e18v11. <https://doi.org/10.58807/tmptvm20224917>.

Amezcuca, Manuel (2024). “La Enfermería, una profesión y disciplina que avanza por sus valores”. *Temperamentvm*; 20: e14856. <https://doi.org/10.58807/temperamentvm20246590>.

Benavides Vázquez, Francisco (2009). *Granada la ciudad que cautivó a Juan de Dios. Guía del viajero hospitalario*. Granada: Casa de los Pisa.

Castro, Francisco de (1585). *Historia de la vida y santas obras de San Juan de Dios y de la Institución de su Orden y principios de su hospital*. Granada: Antonio de Librixa. Ed. Facsímil por Obra cultural Cajasur. Córdoba, 1995.

De la Torre Rodríguez, Francisco (2003). “San Juan de Dios, fuentes biográficas clásicas. Las ocho ediciones de la biografía escrita por Mons. Antonio de Govea”. *Archivo hospitalario*; 1:117-134.

Eseverri Chaverri, Cecilio (2001). *Juan de Dios, el de Granada*. Granada: Editorial la Vela.

Fernández de Viana y Vieites, José Ignacio; González Balazch, M<sup>a</sup> Teresa; De Mina y Salvador, Matías; Plumed Moreno, Calixto A.; De la Torre Rodríguez, Francisco (2006). *Cartas de San Juan de Dios*. Madrid: Orden Hospitalaria de San Juan de Dios.

Govea, Antonio de (1624). *Vida y muerte del bendito padre Juan de Dios fundador de la orden de la hospitalidad de los pobres enfermos*. Madrid, Thomas Iunti.

Martínez Gil, José Luis (2006). *Proceso de Beatificación de San Juan de Dios*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.

Navarro Perán, MA; Hernández Conesa, JA; Torralba Madrid, MJ; Beneit Montesinos, JV (2012). *Un estudio de los modelos enfermeros en la España de la Contrarreforma, a través de los textos escritos y editados por las Órdenes Religiosas, con voto de hospitalidad*. Murcia: Diego Marín ed.

Sánchez Martínez, José (2014). *Kénosis—Diakonía en el itinerario espiritual de San Juan de Dios*. Granada: Archivo-Museo San Juan de Dios “Casa de los Pisa”.

Sin autor (1926). *Noticias edificantes sobre las Madres Marta de Jesús y Beatriz Jerónima de la Concepción*. Sevilla: edición no venal del Hospital del Pozo Santo.

Varios autores (1995). *Imágenes de San Juan de Dios*. Granada: Orden Hospitalaria de San Juan de Dios.

\*Doctor en Historia y Cultura de los Cuidados. Catedrático de Investigación en Cuidados de Salud. UCAM. Presidente de la Fundación Index, Granada, España.

## NOTAS

1. El término “alucinación” (Hallucination) es utilizado cuando un chatbot de inteligencia artificial genera información que es incorrecta, ficticia o no respaldada por hechos reales, o sea, que puede ser completamente inventada, aunque pueda sonar coherente y relevante. Como ejemplo, cuando preguntamos a chatGPT cuáles eran los procedimientos terapéuticos utilizados por Juan de Dios para cuidar a los enfermos, aunque reconoce al personaje, inventa áreas de intervención que mayoritaria-mente carecen de fundamento histórico, aunque suenen bien en apariencia.

2. Posteriormente, en el nuevo hospital junto a los Jerónimos, se incorporará otro importante sector, los soldados heridos, “a los cuales no solamente los curaban, mas, si estaban destruidos, los vestían y daban armas de lo que otros difuntos dejaban” (Sánchez Martínez, 2014: 392).